ACOMPAÑADA

A Vicente Aleixandre, por "Historia del Corazón".

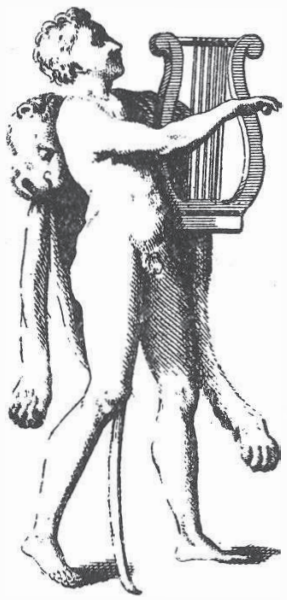
SOBRE mi mesa coja,
y entre la sombra larga de los días,
tu libro
inundando de luz
las apagadas horas de mi vida.
Era un latido que renovaba
la dolorida sangre de mis venas.
Un respirar profundo
cuando mis pulmones,
oprimidos
por la angustia creciente, se detenían.

Allí, sobre la mesa,
tu libro
transfundiendo
con su calor vital
la amarga soledad en que yacía.
Tus palabras—sin palabras de nadie—
las iba haciendo suyas
mi agonía. Porque tú me hablabas.
Te sentía aventar
sobre mi noche cierta
tu susurrante voz. Enamorada.

A veces,
una puerta se abría
y una voz repelente que exclamaba
«ya están todos los huéspedes cenando»
me hacía despertar.

Pero yo ya vivía. Tus palabras,
lo mismo que las aspas
tercas y leves de un molino viejo,
giraban en mi corazón.
Y, mientras otros hablaban largamente de fútbol,
yo escuchaba abstraída:
«...Abdica de tu propio dolor. Distiende
tu propio corazón contraído...»
«Pero otro día toco tu mano. Mano tibia.
Tu delicada mano silente...»

Si mi cama alquilada,
las manchas de humedad de las paredes
y aquellos muebles viejos hoy hablaran,
te podría decir cuánto he vivido
allá en mi muerte joven
con esta humana historia—tan sencilla en su pálpito—.
La humana historia de tu corazón.



MARIA ELVIRA LACACI